

# HARO TEGLEN

**LA CRISIS DE LA O.T.A.N.** Cuando el 14 de noviembre se reúna en Bruselas la sesión anticipada del Consejo de Ministros de la O.T.A.N., habrá dos Presidentes en los Estados Unidos: Johnson, viviendo sus últimos dos meses en la Casa Blanca, y el Presidente electo, esperando al mes de enero para entrar en funciones, pero ya engranado en el sistema de gobierno, ya consultado y muy tenido en cuenta por el Presidente saliente para todas las cuestiones de importancia. Dean Rusk llevará a Bruselas, por lo tanto, no su propia voz, sino la voz de otro que, si las tendencias de estas vísperas se confirman, puede ser Nixon. La fecha del 14 de noviembre se ha fijado precisamente por eso. Los países que querían adelantar la reunión de la O.T.A.N. pretendían que ésta se celebrase en el mismo momento de la invasión de Checoslovaquia, en caliente, aprovechando unas circunstancias psicológicas que deberían haber sido favorables a un reforzamiento de la alianza militar occidental. No obtuvieron de Johnson nada mejor que esta fecha, que es solamente un adelanto relativo sobre la reunión normal del Consejo anual de diciembre, que es posterior a las elecciones americanas y que se producirá en frío —ya ha comenzado la evacuación de la parte más numerosa de las tropas del Pacto de Varsovia—.

La reunión pueda tener una importancia excepcional. Hay una crisis profunda en la Alianza. Más aún, hay una serie de crisis. Se trata de saber si pueden vencerse o si el pacto se pierde. Hay una crisis de confianza en los Estados Unidos que tienden a aislarse, a replegarse en sí mismos en un momento en que los problemas interiores se hacen particularmente agudos, posiblemente a causa de su política exterior. Hay una crisis de confianza en sí mismos de los países europeo-occidentales. Una crisis técnica y una crisis moral. Alemania Federal considera que su ejército, que es el más fuerte de Europa, no podría defender su territorio si fuese atacado y que no le es fácil reconstruirlo o reforzarlo. El descubrimiento de una red de espionaje de enorme importancia, cuyos detalles probablemente se irán conociendo poco a poco, aumenta esta sensación. Un periódico francés ha llegado a dar la cifra de 18.000 espías en Alemania Federal, cifra un poco misteriosa si se piensa en cómo se ha podido hacer el recuento. Pero la enfermedad de la sospecha ha entrado en Bonn. Cada uno de los refugiados procedentes del Este se ha convertido en sospechoso. En los centros de la O.T.A.N. se considera que todos los códigos secretos, todos los planes militares y todos los depósitos de armas nucleares son hoy conocidos de la U.R.S.S. Puede o no ser verdad, pero basta con la sospecha fundada de que sea así para tener que cambiar, de arriba abajo, toda la planificación militar de Europa.

Simultáneamente, hay una crisis moral. Las retaguardias están deshechas. Los movimientos de protesta —como el del domingo en Londres— son incesantes y crecientes, pero no son ellos los que más deben preocupar a los grupos de poder, sino la desgana, la apatía, la indiferencia de los núcleos mayoritarios de la opinión pública. Las despolitizaciones de las masas a partir de las sustituciones de la participación política por otras seudoparticipaciones en la vida nacional son útiles para los gobernantes, que quedan con las manos libres, durante un cierto tiempo. Pero cuando necesitan en un momento dado movilizar a esa opinión pública se encuentran con que ya no vibra, con que ya ha sido tan apartada de la participación en el poder que no reacciona. Tienen entonces que aumentar la presión de la propaganda, y la propaganda política, en nuestro tiempo, se inutiliza cuando se exagera. Cuando es demasiado ostensible es contraproducente. Se ha visto en la propaganda sobre el caso de Checoslovaquia. Las poblaciones europeas, de una manera tan general que ha abarcado a los partidos comunistas, han tomado una actitud de repulsa moral automática, propia: cuando el tema se ha forzado por la propaganda en favor de grupos de poder, la propaganda se ha desarrollado en el vacío.

La tercera crisis es diplomática. Los países europeos no están de acuerdo en las medidas a tomar. Kiesinger y De Gaulle

representan dos tendencias distintas. Sus viajes de estos días son significativos. Kiesinger busca en la Península Ibérica un apoyo para su intento de reconstrucción militar. De Gaulle se ha ido al otro extremo geográfico de la alianza, a Turquía, para encontrar apoyo a su tesis. La tesis de De Gaulle es la de que lo que él llama «el episodio checoslovaco» no es negativo: los movimientos de Praga, como antes los de Rumania —donde él mismo se encontraba en mayo, cuando se le revolvió la retaguardia en París—, suponen para él una prueba de que la política de reducción de tensiones compensa y produce resultados. Mientras en otros centros de opinión se estima que Checoslovaquia ha tenido que ceder ante la U.R.S.S., el pensamiento degolista estima que, al revés, la U.R.S.S. no ha podido evitar la democratización de Checoslovaquia, no ha sido capaz de romper su unanimidad y ha tenido que respetar sus dirigentes y lo esencial de sus programas. Esta «escuela francesa» de interpretación del caso checoslovaco produce tesis tan curiosas como la del estratega Louis de Villefosse («Le Monde», 25 de octubre), que propone una «tercera vía» para la defensa francesa, y se pregunta si sería utópico «replantear los problemas de nuestra defensa nacional a partir de la idea siguiente: no todo se ha perdido cuando la invasión se ha realizado; es entonces cuando lo más difícil debe comenzar para el invasor; el suelo debe ser insostenible para él; todos los ciudadanos deben participar en la defensa del territorio. Esta fuerza de disuasión podría sin duda ser una realidad si una débil parte de los créditos y esfuerzos consagrados al armamento termonuclear sirviese, sobre todo, a la formación cívica de los franceses y a su información». Una personalidad como la de Louis de Villefosse garantiza la seriedad de esta idea, que por otra parte ha sido ya expuesta por representantes de otros países de muy distintas condiciones geopolíticas. China cree que su mejor defensa es la incapacidad de su vasto territorio, y la U.R.S.S. ha vencido por dos veces a los ejércitos más importantes del mundo —Napoleón y Hitler— dejándolos penetrar hasta las puertas de Moscú. Lo que propone Villefosse tiene otro matiz: es la preparación, desde ahora, de todos los ciudadanos para el ejercicio de la clandestinidad.

Todo este abanico de opciones se va a presentar en Bruselas de una manera que se desea dramática y urgente, aunque se le haya echado encima el agua de la espera, y todo ello, crudamente, no puede plantear más que una sola cuestión esencial: cuál es la nueva participación americana en los asuntos militares europeos. Si la participación se restringe, Europa tiene que buscar su camino por las vías del entendimiento, de la disminución de tensión. Si la participación aumenta, Europa tendrá que depender de los Estados Unidos y su situación política general irá a la zaga de la política de relaciones entre los Estados Unidos y la U.R.S.S. Este dilema será el eje de lo que se discuta en Bruselas.

Por ello se comprende que todo depende del resultado de las elecciones americanas y de la nueva posición de Estados Unidos. No quiero decir con ello que la elección de Humphrey pudiera dar un resultado distinto de la elección de Nixon, puesto que tanto uno como otro parecen depender de circunstancias económicas, políticas, militares y sociales que limitan mucho los poderes personales de un Presidente, sino que a partir de la elección, y sobre todo a partir de la instalación del nuevo Presidente, los Estados Unidos deben mostrar un nuevo aspecto, una liquidación de lo que se ha llamado «la era johnsoniana», que ha dado un resultado negativo.

Probablemente el punto crítico actual de Europa Occidental no es fácil de resolver por medios militares o por medios solamente militares. Es un problema de política y un problema de moral. Los destrozos morales que el hombre occidental ha sufrido en los últimos veintitrés años no han sido reparados. La guerra y la postguerra deshicieron una serie de principios que se consideraban básicos, en la izquierda y en la derecha, y en el campo más amplio del sustento filosófico, y todos los esfuerzos realizados hasta ahora han tenido la intención de reconstruir el pasado, como si ello fuese posible, cuando debiera haberse construido un nuevo mundo de conceptos.